

BT 600

P 65
V. 3

1854-55



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LA TRIPLICE CORONA
LA TRIPLICE CORONA
DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN
MARIA, MADRE DE DIOS.

NOVENA ESTRELLA

**ó grandeza de la corona de poder de la madre
de Dios.**

CAPITULO X.

QUE ES LA SUPERINTENDENTE DE LA HACIENDA DE LA
IGLESIA Y LA TESORERA DE LAS GRACIAS DEL SALVADOR.

Bastante se ha hablado de la guerra: entremos ya con las ventajas de la paz. Decían los antiguos que el fruto mas dulce que acostumbra producir, es la abundancia. Nosotros veremos efectos increíbles de ella en el reino espiritual del Salvador, y así como se descubrirá la magnificencia del rey en sus pingües rentas, así resplandecerá la grandeza de la reina en el manejo de ellas, es decir, en la plena potestad que tiene de disponer de las gracias y méritos de su hijo.

§. I.—De la calidad de grande y rico sin igual, quinto título del rey de la gloria encarnado.

I. El rey Salomon fué la figura del rey de la gloria encarnado no menos por las incalculables riquezas que
TOMO III. 1

juntó, que por sus demas regias calidades, de que he discurrido hasta aquí. La Escritura dice dos cosas notables acerca de la opulencia de aquel monarca: en primer lugar asegura (1) que excedió á todos los príncipes de la tierra, así á los que le habian precedido, como á los que debian de seguirle; y en segundo dice (2) que en su reinado eran tan comunes en Jerusalem el oro y la plata como los pedernales. No niego que estas palabras se dijeron con alguna amplificación; pero quien considere atentamente los siete veneros de donde sacó tan cuantiosas riquezas, fácilmente asentirá á mi proposicion. El primero comprende los grandes bienes que le dejó su padre David, porque omitiendo otros, cuenta el historiador Josefo (3) que cuando Salomon enterró á su padre, por imitar á los reyes de Oriente mandó poner al rededor del cuerpo de él en diversas bóvedas gran cantidad de oro y plata. Nadie, que yo sepa, ha hecho la cuenta; pero el mismo historiador nos manifiesta que estando cercada algunos centenares de años despues la ciudad de Jerusalem por Antioco el bueno, el sumo sacerdote Hircano entró en tratos con él y logró levantar el cerco mediante una gruesa suma de dinero; y como no pudiese sacarla de otra parte, mandó abrir una de las bóvedas del sepulcro de David, de donde sacó tres mil talentos, es decir, cuarenta y cuatro millones y quinientos ochenta mil escudos. De allí á pocos años el rey Herodes mandó abrir otra mas escondida y sacó infinita cantidad de oro: es de pensar que no contuviese menos que la primera: ya tenemos cerca de mil millones de oro. El historiador advierte que ni Hircano, ni Herodes se acercaron á donde estaba el cuerpo de David, que es

(1) II Paralip., I.

(2) II Paralip., IX.

(3) Antiquit. jud., lib. 7, c. 12.

donde debian de hallarse los tesoros mas cuantiosos. Y si es cierto, como dice Pedro Comestor, que habia otras ocho bóvedas iguales, aunque no se ponga mayor cantidad en las que estaban mas próximas al cuerpo, siempre resultará que se habian enterrado con David cuatro mil millones de oro solamente por muestra del cariño de su hijo. No pongamos tanto; contentémonos con la mitad, y conjeturemos qué montones de oro y de plata debió de encontrar Salomon en las areas de David, cuando sepultó tan gruesa cantidad solo por mostrar su regia magnificencia.

II. En segundo lugar cuéntense seiscientos setenta talentos, es decir, doce millones de oro, que las naves de Tarsis y de Ofir le llevaban todos los años, segun leemos en el libro tercero de los Reyes. En tercer lugar valúense los bienes que poseia, es decir, lo que le rendian anualmente sus tierras y ganados, de que sacaba rentas muy pingües, segun se ve en el libro primero del Paralipómenon. En cuarto inclúyanse los tributos y derramas que echó á su pueblo; tributos mas enormes que los decretados por su padre; de donde se originaron las quejas que se mencionan en el susodicho libro de los Reyes. En quinto póngase lo que sacaba de los comerciantes que iban á traficar en tierras extrañas, á quienes habia él abierto el camino. En sexto no se olviden los tributos que pagaban muchos príncipes y provincias extrañas hechas tributarias por su padre; de lo cual nos informan el libro segundo del Paralipómenon y otros lugares de las escrituras. Por último añádanse los presentes que recibia de todas partes y que eran muchisimos, porque los príncipes extranjeros anhelaban á obtener su amistad; de suerte que muchos autores graves sientan sin dificultad que por solo este medio juntó Salomon mas riquezas que su padre habia ganado en veinte victorias importantes. Redúzcase todo esto á una suma y

dígame, si es posible, á dónde llegarían las rentas y tesoros de aquel rey, el mas magnífico que ha habido segun testimonio mismo del Espíritu Santo.

III. He declarado esto por menor, porque creo firmemente que el Espíritu Santo quiso supiésemos todas estas particularidades por cuanto intentaba levantar así nuestro pensamiento á las riquezas espirituales de nuestro verdadero pacífico Jesus. Discurriendo el apóstol S. Pablo acerca de estas riquezas en su epístola á los romanos dice (1) que no es el don del Salvador como el pecado del primer hombre, porque la gracia de aquel fué mucho mas copiosa en bendiciones que el pecado de este en desgracias: el pecado de un hombre solo pasó por contagio á muchos, y la gracia de Jesucristo es la medicina no solo del pecado original, sino de todos los actuales. El pecado de Adam fué de una sola especie, y las gracias del Salvador son de diferentes: aquel no nos sujeta mas que á la pena de daño ó privacion de Dios, y esta nos libra ademas de la pena de sentido. Por aquel quedó verdaderamente en desórden la parte sensitiva del hombre; pero la gracia del Salvador no solo le remedió, sino que á mayor abundamiento hizo que todo este desórden nos sirviese de materia de victoria. Aquel nos hizo perder la gracia mediante la cual podíamos perseverar, y por esta obtenemos con efecto la perseverancia. Aquel abrió la puerta á la muerte temporal, y esta se la abre á la vida eterna. Aquel no pasó de los hombres descendientes de Adam; esta llega hasta los ángeles, que no tienen nada de comun con él en naturaleza. Por aquel no perdió el hombre ninguno de sus derechos naturales; por esta entra en posesion de muchos derechos sobrenaturales.

(1) Ad rom., V.

IV. Pero porque aquí se trata de representar mas inteligiblemente los desmedidos tesoros de la gracia del Salvador, concíbese, si es posible, el número de hombres que han sido, son y serán: llévase cuenta de todos los buenos pensamientos que han tenido, de todas las palabras santas que han hablado, de todas las obras buenas que han hecho, y de las que harán hasta el fin del mundo, y sépase que para todas y cada una de ellas se han necesitado á lo menos otras tantas gracias de Dios. Téngase por cierto que ha sido sin comparacion mucho mayor el número de las que quedaron sin efecto por culpa solamente de los que las recibieron. Repasemos las gracias de los sacramentos, todas las cuales tienen sus oficios peculiares y diversos. Veamos cuántas diferentes condiciones de personas hay en el mundo, todas las cuales necesitan gracias correspondientes y proporcionadas á su estado. Fijemos el pensamiento en las gracias de mas alto precio, por cuyo medio algunas personas de todas clases y edades han acometido cosas enteramente superiores á la naturaleza, como son la castidad perpétua, la pobreza voluntaria, la abnegacion y el desinterés, la vida solitaria, la maceracion del cuerpo, el amor de los enemigos, el martirio y otros tales propósitos dignos de eterna memoria. Penetremos en aquellas que no pueden merecerse por ninguna disposicion, como son la primera gracia conferida al pecador, especialmente si es empedernido, la perseverancia final de los justos y otras tales, y con todo esto aun estamos al principio, porque siendo infinitos los tesoros de gracia, aun cuando hubiera cien mil millones de mundos, no las agotarían.

V. Tenemos pues motivo para exclamar con el Apóstol: ¡Oh alteza de las riquezas de la gracia del Salvador! ¡Oh muerte bien empleada, que amontonaste tantos tesoros! ¡Oh que obligados estan los hombres y los ánge-

les á bendecir eternamente á quien les granjeó tantos bienes! ;Oh qué magnificencia del príncipe que tan liberal es de sus gracias! ;Qué contento ver un día á las claras la grandeza de sus infinitos méritos, de que ahora solo vemos una pequeña muestra!

§. II.—Del poder que la madre de Dios tiene sobre los tesoros del Salvador.

I. Tiempo es ya de llegarnos á la madre de Dios, pues todo este discurso se ha compuesto para ponderar la excelencia del poder que aquella señora tiene sobre el incomprendible tesoro de las gracias y méritos de su hijo. Me contentaré con algunos testimonios escogidos entre los muchos doctores que han rendido homenaje á María santísima en consideracion de este poder. El humilde Idiota en el capítulo primero de sus Contemplaciones la llama la tesorera de las gracias del cielo, porque puede disponer de ellas á su voluntad. S. Bernardo llama á esta gracia singularmente general y generalmente singular (1): singular, porque le conviene privativamente, y general, porque le es otorgada para bien comun de todos los que necesitan las gracias de Dios y deben de recibirlas por sus manos. En otro lugar nos exhorta (2) á venerar con todo el amor de nuestra alma á aquella por quien Dios ordenó que recibiésemos todo el bien á que aspiramos, y nos advierte que si tenemos esperanza de alcanzar alguna gracia del autor de todo bien, es preciso que esté puesta en María (3). «Todos los tesoros de la misericordia de Dios, dice S. Juan Damasceno (4), están en tus manos, y tú sola fuiste escogida para guardar las llaves de ellos y distribuirlos á los hombres segun tu voluntad.»

(1) Serm. 3 in Missus.

(3) Serm. in Salve.

(2) Serm. de nativ. B. Virg.

(4) Serm. de nativ. B. Virg.

S. Buenaventura parafraseando estas palabras de la salutación angélica: *El Señor es contigo*; dice así: «Oh Virgen santa, el Señor que es contigo, es riquísimo, y pues está riquísimamente contigo, hay que confesar que tú tambien eres riquísima de todas las maneras que es contigo.» Por eso dice esta señora de sí en los Proverbios: Conmigo están las riquezas y la gloria (1); ó como interpreta la version de Simmaco: De mí vienen las riquezas y la gloria. Los santos que tenían vista mas perspicaz que nosotros, descubrieron las señales de este soberano poder en casi todas las partes del universo (2).

II. Notaron que las señales de su soberano poder estaban grabadas en el sol y la luna, segun hice ver en el tratado primero. Otro tanto dijeron de los elementos, sobre lo cual hace S. Juan Damasceno un excelente discurso en la segunda oracion de la Asuncion, donde observa convenientemente que una de las maravillas de la naturaleza es ver cómo la misma lluvia se acomoda tan bien á todas las disposiciones de la tierra, que se convierte en todas cosas. En un terreno se convierte en uvas, en otro en naranjas, aquí en granadas, allá en limones ó melones: en un cuadro del mismo jardin se hace rosa, en otro clavel, azucena ó tulipan. En una parte viene á ser piedra, en otra madera, en otra metal. No parece sino que tiene sentido, segun acude oportunamente á la necesidad de cada pieza de la naturaleza. La madre de Dios, siendo una nube fecunda de gracias, se resuelve en celestiales dulcedumbres y derrama por todas partes las aguas deseadas de los beneficios de su amado esposo. En un lugar toca el corazón empedernido del pecador para moverle á penitencia; en otro dilata el alma del justo para hacerle apro-

(1) Proverb., VIII.

puesta al fin del tomo en la nota A.

(2) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur, que va

vechar en la virtud. Ya alienta á los que pelean; ya despierta á los que se duermen; aquí convida á vivir bien; allí asiste á bien morir: de uno aparta un mal pensamiento; á otro le presenta la ocasion de agradar á Dios: en una palabra trabaja en todas partes de mil diferentes maneras encaminando las almas á su fin, que es la salud eterna.

III. S. Bernardo representa á la Virgen santísima (1) como un gran canal que va de la tierra al cielo para sacar de allí en abundancia las aguas vivas de las gracias de Dios. «No porque Dios, dice, no pudiese ser él mismo el dispensador de sus dones, sino porque quiso hacernos la merced de darnos una medianera, la cual siéndole muy agradable, obtuvo lo que nosotros no mereceríamos jamás.» Así reconozcamos cómo quiso Dios honrarnos á la que es depositaria de todos sus bienes; de suerte que si nos queda alguna esperanza de alcanzar perdón ó si pretendemos alguna parte en las gracias de Dios, tengamos por cierto que ella nos le ha de conseguir ó nos las ha de distribuir.

IV. No es razonable que nos olvidemos del hombre, el cual al decir de Sofronio (2) merece así como las demás criaturas llevar impresa en sus potencias y facultades naturales la imágen del mismo poder; porque así como vemos que todos los espíritus animales se forman en la cabeza y pasan por el cuello para encaminarse de allí á todas las partes del cuerpo, del mismo modo del Salvador como de la cabeza de la iglesia derivan todas las gracias que por medio de su santa madre son distribuidas á todos los miembros del cuerpo místico. Este poder es de tal importancia, que bien merece examinarse con mas particularidad.

(1) Serm. de aquæ ductu.

(2) Serm. de Assumpt.

§. III.—De qué manera ha de entenderse lo que se ha dicho sobre que la Virgen santísima dispone de todas las gracias del Salvador.

Que la Virgen santísima dispone de todas las gracias del Salvador en particular.

I. Para mayor ilustracion de lo que se ha tratado hasta aquí, es de notar que de tres maneras diferentes podemos figurarnos que se nos confieren todas las gracias del cielo por medio de la Virgen. La primera es porque habiendo recibido por su favor al autor de la gracia, estamos en consecuencia obligados á ella por todos los bienes que nos vienen de él. Este es á mi parecer el motivo por que S. Bernardo la llama la inventora de la gracia. La segunda pasa mucho mas allá; pero todavía dentro de los términos de una súplica general, en cuanto que se emplea como medianera en impetrar las gracias necesarias para la salud de todos los hombres. La tercera y mas excelente de todas llega hasta nuestras mas pequeñas necesidades; de suerte que no hay ningun beneficio en particular que no pase por sus manos, ninguna necesidad que no alivie, ningun memorial que no decrete. A fin de proceder con método en una resolucion de tamaña importancia me parece que podemos decir que así como en el primer modo no cabe duda, ni dificultad y que hablan á favor del segundo los santos padres citados hasta aquí, se puede sin perjudicar á la severidad ó á la grandeza de Dios y aun se debe pasar hasta el tercero y decir que no se distribuye á los hombres ninguna gracia, ni aun en particular, que Maria no procure, obtenga y comunique. Entre varias razones que podria yo alegar, ve aquí tres que tendrán aun mayor peso cuando sean confirmadas con la autoridad de los santos padres.

Primera razon.

II. Para comprender mejor la primera habria que recordar lo que se dijo en el capítulo segundo del tratado primero; á saber, que ella ve distintamente y por menor todo lo que Dios conoce por su ciencia que llamamos de vision, es decir, por la que representa lo que ha sido, es ó será en cualquier tiempo. Así no puede haber ninguna ocasion, ninguna tentacion, ningun peligro ó necesidad que ella no advierta. Esto á mi parecer movió á S. Epifanio (1) y S. Efren (2) á llamarla Virgen con muchos ojos. El devoto Ricardo de S. Victor dice (3) que ella tiene el corazon tan tierno y bondadoso, que no puede conocer nuestras miserias sin remediarlas al punto. Siéndole presentadas nuestras necesidades, teniendo el corazon compasivo y gozando de poder, como nos aseguran los santos, no es posible se olvide de nosotros.

Segunda razon.

III. La segunda razon confirmará lo que acabo de decir: la saco del titulo de madre de Dios y nuestra juntamente, y para declararla mejor recurro á un excelente discurso de Teófilo, patriarca de Alejandria y coetáneo de S. Gerónimo, que se halla en el libro de la encarnacion del Verbo. Habiendo dicho que es imposible á los hijos igualar perfectamente lo que han recibido de sus padres, exceptúa de esta regla general al Salvador, quien á mas de la vida natural que dió á su madre en cuanto Dios, segun he hecho ver en otra parte (4), le comunicó

(1) Serm. de laudibus Virg. Duo ubera tua sicut duo hinnuli.

(2) Orat. de Deipara. (4) Trat. 1, §. 1 y c. 1 de

(3) Ad illa verba Cantic.: este tratado.

una vida espiritual enriqueciéndola con tantas gracias extraordinarias, que la hizo sin comparacion más noble que la vida temporal. No contento con eso añade que queriendo este hijo sin par pagar particularisimamente lo que debe á su amada madre, tiene una complacencia singular en concederle lo que pide para nosotros. «No se puede declarar, decia S. Bernardo (1), cuánto mejor es nuestra condicion por haber hallado una medianera á quien el Salvador desea remunerar en todo y por todo, porque frecuentisimamente alcanzamos por amor de ella lo que nunca mereceria nuestra indignidad.» De suerte que aun cuando no hubiera otra consideracion, este solo titulo de agradecimiento habria convidado al Salvador á hacerla superintendente de sus rentas no con la obligacion de dar cuentas como una simple tesorera, sino con pleno poder de hacer y deshacer á su voluntad como madre, esposa y reina. Digo mas, y es que el bien parecer exigia se le otorgase esta facultad como á la madre comun de todos los hijos del Salvador. Me fundo en un excelente pensamiento de S. Agustin en el libro de la virginidad, donde habiendo dicho que la Virgen es nuestra madre por espiritu y gracia, como lo es del Salvador por naturaleza, observa que da á luz sus hijos espirituales cuando los pare para el cielo; por consiguiénte que los lleva en sus entrañas mientras estan en la tierra esperando mejor condicion. De aquí se sigue que así como el feto antes de nacer no toma mas alimento que el que ha pasado por la boca de su madre y ha sido digerido en su estómago, del mismo modo mientras estamos en este mundo, no se nos comunica ninguna gracia sin que la Virgen la haya impetrado por su súplica, que es como su boca, y la haya convertido por su caridad en una sustancia proporcionada á nuestra disposicion.

(2) Serm. de vigil. nativit. Domini.

IV. En fin saco una prueba concluyente de lo que he dicho muchas veces; á saber, que Maria recibió eminentemente las gracias y mercedes de todos los estados y condiciones que existen ya entre los ángeles, ya entre los hombres, porque no puedo persuadirme á que fuese enriquecida con tantos dones para su particular grandeza solamente; pero tengo por cierto que todas esas gracias le fueron concedidas, porque como causa universal de la salud de todos los hijos de Dios debe de tener una influencia general en todas las obras que los encaminan á tomar posesion de la herencia prometida. Lo que he manifestado en dos diversas ocasiones sobre que mereció por derecho de congruencia todas las gracias que el Salvador obtuvo por título de justicia, excepto las de su primera santificacion, ¿no debe de tenerse en consideracion para hacernos confesar que su hijo le encomienda la distribucion de todos sus beneficios?

V. Confieso que no sé á quién he de echar principalmente la culpa, si á nuestro olvido ó á nuestra mala conducta. Consiste el olvido en que gozando sin intermision de los bienes que nos proporciona la Virgen santísima, ni los apreciamos, ni hacemos buen uso de ellos. Para comprender mejor nuestra mala indole me figuro á veces que haya en el mundo un hombre tan rico y tan poderoso, que tenga en su mano los medios de conceder cuanto se le pida; tan magnífico, que se complazca únicamente en hacer dádivas; tan noble y generoso, que se tenga por favorecido dando; y que sus donaciones no sean de menor cuantía, sino palacios, quintas, empleos lucrativos y honoríficos, estados y señoríos, en una palabra todos los bienes exteriores que puede desear el corazon humano, y si se quiere tambien, la salud, la tranquilidad y el contento del ánimo. ¿Dónde habria expresiones para agradecer á este hombre su generosidad? ¡Cuántos panegíricos se harian de él! ¡Qué

de libros se le dedicarían! Todos querrian poseer su retrato: todos tendrian su nombre en la boca y en el corazon. ¿Hasta cuándo viviremos infatuados con los intereses terrenos? ¿Hasta cuándo tomaremos tan á pecho las cosas aparentes y transitorias, y miraremos con tanta indiferencia las verdaderas y eternas? ¿No es esto un justo motivo de despertarnos de nuestro letargo y de hacernos ruborizar de nuestra insensibilidad? Con efecto es una mala vergüenza que seamos tan poco agradecidos, considerando las gracias que recibimos continuamente de la mano de la reina del cielo. Quiero que los bienes que nos vienen de ella, no sean sobrenaturales y por consiguiente infinitamente preferibles á todos los caducos y transitorios: doy de barato que sean de mucho menor consideracion de lo que son; pero á lo menos téngase en cuenta el número y lo que voy á decir. Refiere Lampridio que el emperador Heliogábalo, hombre burlon si los hubo jamás, discurrió un medio extraordinario para dar á conocer á la posteridad la capacidad de la ciudad de Roma. Mandó hacer un monton de todas las telas de araña que se encontrasen, y pesarlas. Resultaron mil libras; y por aqui fué fácil conjeturar la multitud de casas que habria en la capital del orbe. Para dar á conocer en algun modo lo que debemos á nuestra insigne bienhechora la virgen Maria, yo no desearia otra cosa que poder contar los beneficios menores que recibimos de ella á cada paso sin conocerlo siquiera. Estoy seguro de que cualquiera que reflexionase un poco sobre esto, se quedaria atónico. Sea así: en un año contamos hasta treinta y cuatro mil ochocientos y sesenta cuartos de hora. Quiero que en cada uno de ellos obtengamos por su medio una sola gracia no mas, aunque se derraman sobre nosotros mas copiosas que las lluvias de la primavera y las nieves del invierno. Dios mio, ¡á dónde llegarían esas gracias al

cabo de algunos años! ¿Y quién no se hallaría cargado de obligaciones cuando las reuniese todas al fin de su vida? Pero ¿qué juicio habrá de hacerse de ciertas gracias, que por ser de un precio y de un orden extraordinario bastarian por sí solas para obligarnos por una eternidad? Con efecto no dudo que habria deuda que nosotros mismos creeriamos no poder pagar bastante-mente con ninguna clase de servicios, si la hubiéramos recibido de una persona de nuestra clase; ¿y se dirá que hacemos menos aprecio de ella porque ha pasado por las manos de la madre de Dios y nos viene sin pensar, como acontece muchas veces?

VI. Si el olvido es grande, creo que no es menor el mal uso que hacemos de tantas gracias. Con efecto si las lucráramos, producirian todos los dias en nosotros unos efectos que sorprenderian al cielo y á la tierra; pero mientras los mas diligentes procuran aprovecharlas, se van sin sentir de nuestras manos y solo nos dejan el dolor de haberlas empleado mal. Pensemos en ellas para no disgustar á nuestro buen padre, que nos las adquirió á tan alto precio, y á nuestra buena madre, que las distribuye con tanto cuidado. Continuemos ahora indagando sus grandezas.

DÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO XI.

QUE ES LA ABOGADA GENERAL DE LOS HOMBRES Y LA MEDIANERA CON SU HIJO.

Decia el emperador Augusto que los dos polos del estado y las dos calidades que asemejan mas un principe á Dios, son la justicia y la piedad. David que en todos sus salmos reconoce al Salvador por el primer principe del mundo, le ensalza en muchos pasajes por estas dos prendas de perfeccion. La Virgen santisima se desistió gustosa de todas las diligencias de justicia para fortalecer el partido de la clemencia; lo cual se comprobará por el oficio de abogada general de los hombres y medianera para con su hijo, que ejerce dignamente y con infinita perfeccion. Veamos antes al rey su hijo y esposo sentado en el trono de justicia.

§. I.—De la calidad de supremo juez, sexto titulo del rey de la gloria encarnado.

I. Dice el profeta Oseas (1) que los juicios del Señor saldrán como luz. Así fueron los del rey Salomón, que aunque mozo todavia, se hizo famoso por sus sen-

(1) Osee, VI.